

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CÉNTIMOS NÚMERO

Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID: { Un mes..... 1 pesetas.
 { trimestre..... 2,50
 { año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS: { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { semestre..... 6
 { año..... 12

Sansón

Recapitulemos, Juan, variando de estilo.

Estás sólo, como ya te he dicho; completamente sólo.

Tu padre murió en presidio por no resignarse á acabar asfixiado por los humos de las calcinaciones en Riotinto.

Tu madre, atropellada por un coche en el mismo montón de basura de donde extraía trapos, papeles arrugados y huesos roídos por los perros.

Tu mujer, por empeñarse en criar un chico ajeno sin alimentarse apenas.

El mayor de tus hijos, de resultas del vómito en Cuba, adonde fué de soldado.

El de en medio, por haberse caído del andamio en que trabajaba de albañil.

El pequeño, por haber ensayado en él los doctores del hospital un medicamento cuya composición ignoraban.

De tus hijas, la mayor concibió de un hombre que daba y quitaba patentes de moralidad y murió por falta de asistencia en el parto.

La segunda, está en un convento de hermanas de la Caridad, lo que equivale á la muerte civil.

Y la última, en una casa de prostitución, que significa muerte moral.

Aniquilada la mayoría de tu familia y dispersado el resto, ¿qué piensas hacer?

Semejante al pez preso en el trasmallo, que cuanto más se mueve más se enreda, te será difícil dirigir tus pasos á parte alguna sin tropezar con un muro muy alto ó una sima muy profunda que te impedirán avanzar.

La religión, que se dice tu defensora, remacha cuantas cadenas te ponen, si no es ya que toma la iniciativa; la ley, que aparece dictada en tu provecho, se aplica siempre en contra tuya; el orden, base del bienestar, es para tí sinónimo de enervamiento y postración; la justicia, garantía de la honradez, te estrella cada vez que tropiezas contigo.

Si tienes hambre y pides limosna, te detienen; si hurtas para comer, te prenden; si suplicas, se burlan de tí; si amenazas, te ametrallan; si hieres, te fusilan. Y todos te explotan y te roban; y á pesar de que tienes muy poco, los impuestos más onerosos pesan sobre tí, y pagas más que los ricos, porque pagas en sudor, sangre y lágrimas, líquidos que, al derramarse en demasía, arrastran en su corriente la existencia.

Te imponen todos los deberes, y aun cuando te conceden algunos derechos, no puedes ejercerlos unas veces, y otras no te lo permiten; te conceden todas las libertades, pero sólo dejan á tu alcance las del suicidio ó la rebelión, ambas en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, y te dicen ¡anda!, después de ahorrarte.

Pides pan para tu cuerpo, y no te lo dan; buscas alimento para tu inteligencia, y no lo hallas; llamas á las puertas de la equidad, y no te abren; y ni siquiera tu corazón encuentra cariño en tu hogar, porque la miseria separa más que la muerte.

Tus tristezas igualan á tus angustias, al ver que tus dolores no son siquiera compadecidos, ni tus necesidades atendidas más que con la limosna clásica, si acaso, ó con la filantropía de reglamento, heladas, crueles,

como todas las virtudes mecánicas; y más aun que por esto, al convencerte de que eres el huérfano eterno de la ley.

Y te subleva el ver que haya palacios donde no repercutan tus ayes; y templos religiosos que permanezcan mudos ante tus quejas; y templos de justicia donde la iniquidad encuentre amparo; é instituciones que se atraviesan en tu camino, y preocupaciones que te detienen, y costumbres que te atan, y todo un pasado que te abruma.

Miras á tu alrededor y no encuentras un eslabón siquiera que poder enlazar á la cadena de tus recuerdos de familia. Entre tu nacimiento y tu vejez hay cien hogares abandonados por la dura ley de la necesidad; los rincones de las alegrías y de las penas compartidas han sido profanados por penas y alegrías extrañas; el postrer vestido de tu padre y el primer gorro de tu hijo se han empeñado para dar una taza de caldo á tu mujer enferma. Ni aun te queda el consuelo de arrodiarte alguna vez ante la tumba de los seres queridos: revueltos con los demás en la fosa común, no te es posible empapar en lágrimas ni un puñado de la tierra que tapa sus restos.

Mas ¿qué veo? ¿Lloras, Juan?... ¡No, por cristol! Enjuga esas lágrimas, no vayan á verlas, y te juzguen cobarde mujerzuela, en vez de hombre viril. No desmientas nunca el valor que demostraste siempre en tus luchas con la miseria, la injusticia y el aislamiento, y que te impidió caer muy abajo.

En vez de llorar, indignate; de encorvarte, incorpórate; de doblar las rodillas, levanta los brazos. Nada de timidez en la mirada ni de embarazo en el ademán; sé Espartaco, no Job.

Con tal de que no te resignes, todo lo alcanzarás en plazo más ó menos corto; y para esto lo primero que necesitas es no dudar de tí. Un solo peligro hay: que tomes por argumentos irrefutables los enervadores sofismas de la miseria.

Es ésta una amante horrible que acaricia con mano descarnada, mira con ojos sañudos, besa con boca fría, abraza con rigideces de esqueleto, helando el corazón: así, Juan, ten cuenta con ella; y ya que no puedes apartarla de tí, no le permitas que te aconseje, pues no parece sino que los poderosos de la tierra le han encargado amenguar tus energías y apagar tus bríos.

No olvides, sin embargo, que si la miseria es todo eso también se asemeja al crisol en lo de purificar, y que el hombre que después de haberla conocido se aparta de ella sin abdicaciones vergonzosas, queda más honrado y más puro que antes de tratarla.

Eso sí, mucho te queda que sufrir todavía: las injusticias y los crímenes sociales que han prescrito y que pretenden tomar carta de naturaleza entre los derechos y las virtudes, han de oponer ruda resistencia á la realización de tus justos deseos; mas no desmayes y sigue avanzando, que tú llegarás.

No te faltarán redentores, generosos los unos é interesados los otros; óyelos á todos y aprende de todos, mas no esperes nada sino de tí mismo, de tu voluntad, de tu iniciativa. Si te ofrecen paliativos, acéptalos como nuevas armas de combate.

Y hasta que llegue el día en que la justicia prevalezca, consuélete la idea de que tu miseria engendra la

peste, que á lo mejor hiere á otras clases; el aire que sale de tu boardilla impregnado de miasmas mortíferos, sorprende en su tocador á la hija del poderoso, y á los tres días coloca una palma en sus manos yertas; tus hembras se prostituyen y arrastran á la deshonra á los hijos de los que viven de tu trabajo, introduciendo la perturbación en sus familias, arruinándolos y envenenando su sangre; y en los génesis revolucionarios, los harapos de tus hijos y sus caras sombreadas por el odio hielan la sangre en las venas de los que te despreciaron, y quedan así vengadas generaciones enteras.

Entre tanto, y para que el cambio te encuentre en condiciones de poder aprovecharlo, estudia, aprende, medita, indaga, dentro del círculo en que hoy te agitas; que así como el formado alrededor de la piedra que rompe la serena superficie de la laguna, es pequeño y va luego ensanchándose, el tuyo se hará mayor cada vez, y alcanzarás tanto más cuanto más sepas y sientas.

Y al par de esto, ama, para que tu corazón se incline al bien, y odia, para que no te abandone la energía; al equilibrio de estas dos pasiones se debe el progreso humano.

Y el día que estés bien penetrado de lo que se te debe en justicia, pídelo en la forma usual, y si no te lo conceden, demándalo de manera que nadie dude que estás resuelto á obtenerlo; y si tampoco consigues nada, Sansón, á quien superas en fuerza, te enseñará lo que debes hacer con la ventaja para tí de que no perecerás bajo las ruinas del templo, porque representas el trabajo, y éste se salva en todos los cataclismos sociales.

JOSÉ NAKENS.

EL PROGRAMA DEL VATICANO

No hay en todo el discurso que pronunció el Sr. Sil vela ante las gentes conservadoras más novedad que la de prometer un incondicional acatamiento á las palabras del Vaticano. Es decir, que si éste, así como protege ahora á la disidencia reinante, se inclina en favor de D. Carlos, á la grey conservadora no le quedará otro remedio que prosternarse ante el trono del monarca de las suripantas.

Esto me trae á la memoria lo que en cierto palacio aristocrático de esta corte pasó este verano, cuando todo el mundo temía que tuviera consecuencias la infausta guerra y la desastrosa paz con los yanquis.

En tal palacio que por cierto es de una duquesa, se hallaban reunidos hombres de todas las opiniones políticas, y entre ellos un título de procedencia canovista que fué subsecretario, y un poeta gran amigo del señor Silvela.

Recayó la conversación, como era natural—no había otra en aquellos días—sobre la contingencia de que se reprodujera en España lo que ocurrió en Francia después de Sedán, como expiación merecida de los desastres del imperio.

—¿Si esto desapareciera, usted qué preferiría?—le preguntaron al exsubsecretario y título.

—Yo, la República.

—Pues yo—dijo el poeta—preferiría D. Carlos.

Y ahí tienen mis lectores bien desahogados los temperamentos de los que componen las dos ramas del disuelto partido conservador. Los unos, los que aún llevan en



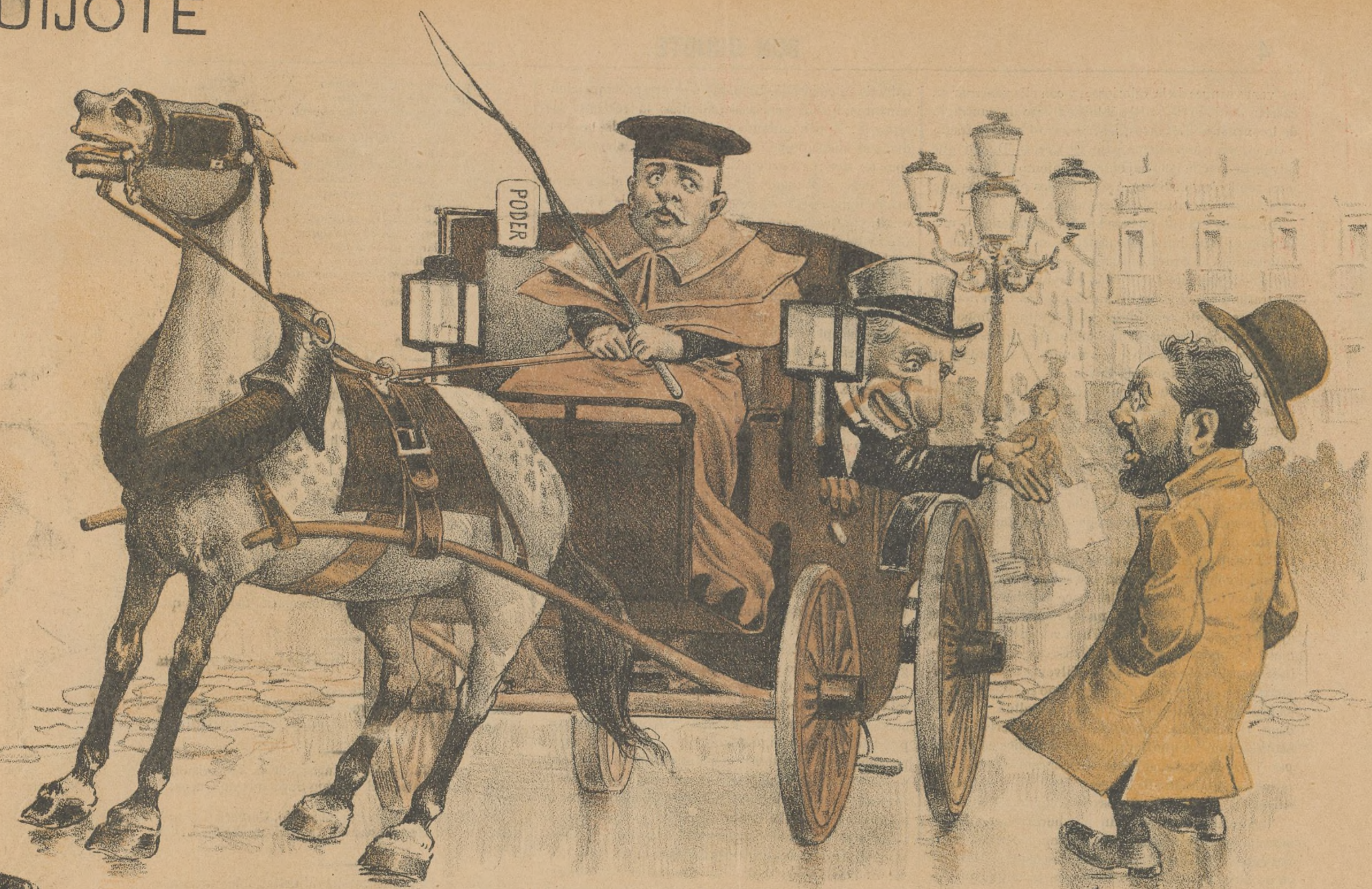
DON QUIJOTE



Quién roba a un ladrón....



—¡Que venga Domenech á quitarme la cartera!



Silvela.—¡Deprisa! ¡A la Presidencial!
Sagasta.—¡Pero hombre! ¿no ve usted que este coche está alquilado?



El hombre rojo.



—¡Por Dios, caballero, levánteme usted, que hace seis meses que estoy en el suelo!
—Espere usted un momento, que voy á consultar si debo levantarla ó no.

ACTUALIDAD TEATRAL



Cyrano y Roxana.



Hágase justicia, pero no justicia á medias!

Lit. de la Viuda de M. Dumitista, Fesles del Valle. 22

las venas sangre de la «gloriosa», y con ella gobernaron, caerían del lado de la República en caso de naufragio de lo existente. Los otros, ¡ah, los otros! con naufragio y sin él, son como puente para D. Carlos. De ahí que Silvela acepte de Polavieja el acatamiento al Vaticano y un seudo regionalismo, ó sean los dos principios que caracterizan al partido tradicionalista.

Silvela no era antes de ese bando. Procedente de una familia en que hubo afrancesados, enciclopedistas y volterrianos, con educación clásica, vestido á la moderna no parecía dar aire á las ideas ultramontanas. Muy al contrario. Pero el poder obra milagros; al afán de conseguirlo se sacrifica no ya la historia, si no el honor, y he ahí que D. Francisco ha tenido que casarse por la iglesia con Polavieja y por eso su tufó á sacristía y su traje corto de discípulo de Loyola.

Lo que nos faltaba que ver á fines de este siglo en la desventurada España: un partido clerical con la hipoteca de la espada del general cristiano. Jamás, ni en los tiempos peores de los moderados, se les ocurrió á éstos someterse al poder extranjero del Papa, que no tiene ni debe tener ningún género de soberanía en nuestra patria. Ni Narváez ni González Bravo hubieran pasado por eso, y pasa Silvela por conquistar el presupuesto.

Tal vez pase con el secreto designio de mofarse después del gobierno conseguido de semejantes promesas. Mas si así lo espera y cree, se hace muchas ilusiones, porque no son los jesuitas más ó menos civiles de los que se resignan á ser vencidos, una vez que han logrado meter la cabeza en alguna parte. El derrotado, el fustilado moralmente sería el pobre Silvela. Harían de sayones no solo el general Polavieja, sino sus ilustres compadres Pidal, Azcárraga, Vadillo, Catalina y demás tropa reaccionaria. Sobre que los amos serían no los neofitos, sino los que llevan años y servicios en el templo. Ya se indicaba, si cuaja esa concentración, á Nocedal como ministro de Gracia y Justicia, y el primer decreto de la «Gaceta» el rosario obligatorio...

«Estarán conmigo y serán mis hermanos en la comunión conservadora los que acepten las palabras del Vaticano.» Eso dijo Silvela en su discurso, y, ¡claro es! ya no hubo necesidad de añadir que la unión con Polavieja estaba hecha.

Hecha y consagrada, y sirven de padrinos Comillas y los frailes de Filipinas y cuanto significan el regreso á tiempos que parecían muertos. Esos tiempos los resucita impremeditada y temerariamente el Sr. Silvela. Ya recogerá los frutos, y si llega al poder tendrá en su contra, formando una piña, dede los antiguos conservadores de Cánovas hasta los federales de Pi y los socialistas de Pablo Iglesias.

Casi, casi, era cosa de desear que fueran poder los hombres de la unión conservadora, porque claro es que entonces se apresurarian las catástrofes naturales de que tantas veces hemos hablado como solución á los males presentes.

El «programa del Vaticano» se llama ya, y con justicia, al programa de Silvela, que, siendo un hombre notable, no le ha llamado Dios para jefe de partido, ni apenas para político, porque fiar en Roma á estas alturas es como contárselo al nuncio.

El segundón de Cánovas, el disidente convertido en amo es un desventurado que levantará contra sí hasta las piedras. Por todo se puede pasar menos por eso, que si algo representaba este régimen con todos sus enormes males era un espíritu de regalismo á la usanza moderna y un propósito firme en materia de libertad de no remontar el curso de la historia.

¡Y pensar que esas mismas gentes que admiran tan sandios programas son capaces de sonreírse desdeñosamente ante un discurso ó ante un escrito de Costal.

¡Y pensar que la suerte de España depende de tales políticos y de la consabida sabiduría del poder moderador, que ha de elegir entre Silvela ó Sagasta, que al finalizar el siglo cuenta como única redención las espadas!

Luis Monreal

LO CURSI

Uno de los más conocidos idólatras de la buena sociedad y cronistas del gran mundo lo ha dicho recientemente: por haber sido declarados cursis el morrión y el himno de Riego, se ha dado lugar á que la odiosa secta absolutista que ya ha ensangrentado por tres veces el suelo de la patria, prepare una cuarta hecatombe. ¡Funesto efecto de la frivolidad y la ligereza, bajo cuyo imperio lo que comenzó en regocijada farsa, termina hoy en luctuosa y mortal tragedia!

Son las palabras susceptibles de infinito mayor número de combinaciones que el que admiten las ideas. Solo que estas asociaciones puramente verbales, á las cuales ninguna realidad corresponde, no tienen sentido común. Un pensamiento no es grueso ni delgado. Un sentimiento no es verde ni azul. Una resolución no es

redonda ni cuadrada. La palabra se presta complacientemente á inconherencias semejantes: la realidad las repugna. El pensamiento es verdadero ó falso; la conducta es buena ó mala: llamáries cursi ó elegantes es cometer una incongruencia.

Y luego, ¡qué estado intelectual y moral el que revela esta aplicación á las cosas más altas de la vida, del criterio propio de lo que hay en ella de más fútil é indiferente! Discernir la verdad del error, el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo útil de lo nocivo con el mismo principio que se emplea para decidir acerca de la elegancia del traje ó la distinción de los modales, es formarse de la vida y de sus austeras realidades un extraño concepto. Pueblo que así discurre, está juzgado. Mal podrán ser viriles las acciones allí donde las ideas están enervadas por los pequeñeces de un femenismo decadente.

La cursi. ¿Y qué es lo cursi? Cuando se habla de la verdad ó la mentira, de la justicia ó la iniquidad, de la virtud ó del vicio, todos sabemos de qué se trata. Por desgracia el vocabulario de esas grandes palabras es un bien monstruoso de que usan por igual el bueno y el malo; el sabio y el necio. Pero en fin, el criterio es cierto. El de la elegancia es arbitrario. Un cursi encuentra elegante lo que un elegante encuentra cursi. Para apreciar el valor de semejante juicio, más que á la cosa juzgada hay que atender á la condición del que juzga. Cada época, cada pueblo, cada grupo, cada individuo hallarán distinguido lo que les agrade y cursi lo que no les plazca.

Los reaccionarios, supremos definidores del buen gusto, han dictado sus sentencias. Antes de sobrevenir el gran desastre al que hemos ido, conducidos con tan soberana elegancia, ya estaba hecha la clasificación. Era cursi de toda cursilería preocuparse de los más hondos problemas de la vida, defender la integridad de la propia conciencia y sostener en asuntos religiosos el propio criterio. Era cursi hasta la saciedad mantener la firmeza de las convicciones políticas y anatematizar la apostasía y el resellamiento. Era cursi y sensiblero el indignarse ante el espectáculo de la barbarie, preocupándose de si en las prisiones del Estado se daba tormento á los presos, ó de si en los asilos «benéficos» morían de hambre las criaturas. Todo lo que olera á progresista estaba mandando retirar. Ser liberal, pedir un poco de moralidad, protestar contra la farsa electorera, reclamar la sinceridad en política, compadecer á los maestros de escuela; todo esto constituía un colmo de cursilismo. Lo elegante era apostatar, enriquecerse en las aduanas de Cuba; ser diputado cunero, prestar á usura, tener por confesor á un jesuita, trascender á sacerdotía ó andar descalzo por las calles con pretextos místicos.

Cara nos ha costado la tal elegancia. Nunca hubo marido ó padre de familia tan arruinado como lo ha sido el pueblo español por el lujo de los suyos. Jamás cuenta de modista y de joyero alcanzó las proporciones de las que ahora nos toca pagar. La cursi sensible del extranjero nos ha cerrado en el mundo todos los corazones indiferentes á las cuitas de un pueblo que reputan bárbaro. Los elegantes de la península han capitado á España su soberanía, mientras los elegantes de Ultramar nos hacían perder las colonias. La elegancia fraíluna y sacristanesca tiene ya preparada la guerra civil. Nosotros nos consumiremos elegantemente en la discordia, mientras esos cursilones de yanquis se quedan con lo nuestro. Y cuando se nos repartan, cuando cada uno de los buires que acechan nuestro cadáver cargue con su porción, España podrá decir al menos que nunca nación alguna ha muerto de una manera más «chic», más «pschutt», ó como quiera que ahora se diga.

ALFREDO CALDERÓN.

LÍBRANOS SEÑOR...

Libranos, señor, del hombre de la daga florentina, que, aunque digno de renombre, su intención, es muy ladina, por lo que á nadie le asombre que obediendo á mi inquina le rechaze con furor; De sus tretas y marañas tan astutas como extrañas, de su programa infecundo de su proceder aleva capaz de acabar en breve, no digo con cien Españas, sino hasta con todo el mundo, ¡libranos señor!

Libranos también, Dios mío, de su mística pareja, que me causa miedo y frío como el hombre de la daga; de esa santurróna vieja que le adula y que le halaga con ardor. Libranos de Polavieja que en vez de bizarros planes forja y urde en su egoísmo mil enredos y desmanes,

y en servir al jesuitismo cifra todos sus afanes: De esa gente y de ese abismo ¡libranos, señor! Y en fin, libranos de aquellos bandidos ajusticiables, que del odio á los destellos aún pretenden implacables aumentar con otra guerra nuestro infortunio y dolor. De esas turbas de asesinos que vergüenza de esta tierra, inundaron los caminos y los valles y, la sierra, con sus sangrientas conquistas, de los bárbaros carlistas ¡libranos, señor!

LANZADAS

La noticia de todas las semanas. Nuestros queridos amigos los distinguidos periodistas Alejandro Lerroux y Adolfo Luna, arrestados en la Cárcel Modelo, á pesar de haber sido indultados con fecha 5 del mes anterior.

¡Pero ese Correña, como le llama D. Práxedes, va á hacer bueno á Aguirre!

Es todo un carácter para la obra del mal.

¡Pero qué desgraciado es el Sr. Montojo! Ahora resulta que no puede ser elegido senador por no tener la categoría de vicealmirante.

¡Todo sea por Dios!

Pero en fin, yo creo que se arreglaría todo con que le nombrasen vicesenador.

El ministro de Estado, Sr. Sánchez Gutiérrez, está muy incomodado.

Y al hombre no le falta razón.

Supónganse ustedes que Sagasta le ha prohibido que publique en el *Libro rojo* el anuncio del amontillado N. P. U.

El General Jaudenes ha ingresado en las prisiones militares por orden del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Los Generales Agustín, Montojo, Cervera y Toral, siguen en libertad y gozando de perfecta salud, á Dios gracias.

Bueno, ¿pero se suprime el Ministerio de Ultramar ó no?

¡Sólo Sagasta lo sabe!

El hecho es que, D. Práxedes, agradecido á los buenos servicios que le viene prestando el Sr. Romero Girón, ha decidido otorgarle una recompensa.

Y se habla de concederle un título.

De marques ó de conde.

Marqués de Algeta.

O conde de Monasterio.

Indudablemente se avecinan grandes acontecimientos.

Los síntomas son mortales.

Hace más de una semana que el General Polavieja no publica en los periódicos ninguna carta.

Hace ocho días que el Sr. Sagasta no se acatarró. Sánchez Gutiérrez ha dejado de ir á la cuarta de Apolo.

¡Cielos! ¿Qué va á pasar aquí?

El Sr. Puigcerver, al decir de la prensa ministerial, está muy preocupado con eso de los presupuestos.

¡Ganas de quebrarse la cabeza!

¡No sería mejor que el Sr. Puigcerver en vez de «tomarse» esos trabajos se marchase á Jetafe á labrar sus tierras?

Todos saldriamos ganando con esa solución.

El y los contribuyentes.

Martín Esteban entra en casa de un óptico.

—Hágame usted el favor de darme unos lentes para aprender á leer.

—¿Sabe usted cuando abriremos las Cortes?

—Probablemente el 20 del actual.

—Y, por fin, ¿con qué?

—¿Como con qué?

—Sí, hombre, con *Los cuatro sacristanes* ó con *Los reyes en el destierro*.

De *El Tiempo*:

«El gobierno procede con tal lenidad, que pronto será tarde para poner remedio á los males que afligen á la nación.»

Sagasta, reflexionando!

—Pues digan lo que digan, yo voy muy á gusto en el machito.

Libros:

El poema del trabajo, por G. Martínez Sierra, atrio de Jacinto Benavente.

Un aplauso muy sincero al Sr. Martínez Sierra, delicadísimo poeta que prefiere la prosa á la rima, por su hermoso libro.

Un aplauso también á Jacinto Benavente por su elegante atajo.

Impresiones.—Ensayos poéticos por R. Castells.

Libro escrito sin pretensiones, en que el autor, á ratos, demuestra sus condiciones de versificador y poeta.

Se han puesto á la venta los cuadernos 9, 10, 11 y 12 del *Diccionario de modismos*, obra de vasta erudición que viene publicando con gran éxito el conocido escritor D. Ramón Caballero.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18,